

Raza, fuerza y cultura



Viernes, 27 de enero de 1939

Lejos de **mí** el propósito de invadir el terreno donde sobresale la alta autoridad de Labriola: se trata únicamente de tratar algunos aspectos limitados del problema, bajo un ángulo que me interesa directamente.

No se sabe aún exactamente si la dictadura española querrá poseer, también, su doctrina nacionalista «de imitación» o si creará que un régimen absoluto puede pasar de ello, lo que es bastante lógico. A fin de cuentas, y suprimido todo elemento especulativo, un Estado totalitario no necesita más que su partido para el ejercicio exclusivo del poder, cuyo disfrute le pertenece, absoluto en la extensión, permanente en la práctica, indefinido en la teoría y eterno en la ilusión.

Pero un nacionalismo español quizás no desearía convertirse en un sistema sin dogma, lo que lo convertirá en un culto barroco, casi una procesión a la española descrita por unos extranjeros. Entonces cuántas dificultades para la adaptación del racismo «ario puro» porque el pueblo español —y lo confieso sin vergüenza además y sin remedio— es en su conjunto el menos ario entre todos los de Europa. Sería demasiado difícil encontrar allí familias, empezando por las más antiguas y distinguidas, que escapen a la influencia de la sangre semita; sobre todo árabe, musulmana, pero también a menudo judía, según un panfleto célebre, antiguamente dedicado a la nobleza y no precisamente a petición suya. ¿Cuál sería entonces el racismo español? No habría salida lógica fuera del suicidio. Y antes de eso el pueblo español debería renegar ante el altar mayor del racismo toda su ascendencia histórica y toda su obra colonizadora, que practicó en todas partes el mestizaje más igualitario.

Sin embargo ese pueblo tan matizado por la imborrable influencia semita, ha rendido a la civilización aria los más grandes e inolvidables servicios, que son títulos imprescindibles para el reconocimiento de esa civilización, que no podría mostrarse desdeñosa o altiva hacia la raza española. Si miramos a ésta como un hecho, es decir como un pueblo hijo de otras razas, luchó durante ocho siglos para ser la muralla de la civilización europea y, dejándose

«semitizar», preservaba la pureza aria, más o menos discutida, de los otros países. Si analizamos ahora esa raza española, ya formada, en cuanto a causa, es decir como raza madre a su vez de otros pueblos, aparecería como la pionera y ganadora de la cultura aria europea, asegurándole en el mundo —del cuál había sabido descubrir la unidad total— una veintena de naciones para el desarrollo de una civilización así. Las paradojas señaladas bastarían para convencer del absurdo inicial y total que encierra la ecuación —o la confusión— entre raza y cultura.

Además, en el momento de reincorporarse a la vida europea, al final del siglo XV, España encontró una acogida espléndida. Se presentaba con una lengua magnífica, cuyo aporte semítico, aumentando su rica variedad, ofrecía un encanto y no un defecto, dotada para la literatura, cuya madurez ya próxima iba a alcanzar la cima, y mantendría la permanencia de los modelos clásicos, sin a la vez imitarlos; con el descubrimiento geográfico más trascendental, y con una densidad de pensamiento que iba a jugar el papel ingrato pero necesario de freno en la doble crisis espiritual del Renacimiento y de la Reforma, para asegurar el equilibrio en los espíritus y para iniciar unos progresos en el derecho público, interno y externo.

Desde el punto de vista de la fuerza, esa raza con su mezcla semita, formada para la guerra en la escuela de las luchas contra moros, no era despreciable. La vieja infantería española iba a hacer algunas cosas, y trastornar otras, sobre el tablero de Europa y en el dominio de la táctica. Durante dos siglos de victorias o de derrotas, pero siempre de gloria.

¿Cuál fue entonces la actitud de los arios más puros ante ese pariente alejado y demasiado semita? En el orden político fue para ellos el aliado preferido de la mayoría frente a cualquier otro, desde los tratados solemnes y renovados hasta las alianzas matrimoniales que eran las pruebas tranquilizadoras. Y en el campo de batalla, los soldados de infantería del viejo ejército de los famosos «tercios» se sentían acogidos y alabados por unas expresiones que proclamaban ruidosamente, e incluso exageraban demasiado, el lazo de parentesco lejano, o de consanguinidad discutida. Esos soldados españoles oían a menudo decir: «somos hermanos» y creo recordar haber leído que esas palabras fraternas y halagadoras, donde todo el orgullo racista ario estaba ausente, no fueron pronunciadas en latín, ni en lengua neolatina.